



La nueva coreografía europea: pas de deux y pas de quatre

Simon Serfaty

ARI Nº 29-2002 - 19.7.2002 (Traducción al español)

Las elecciones francesas de esta primavera –primero para la Presidencia y posteriormente para la Asamblea Nacional– han sido las más significativas que se han celebrado en Francia desde el triunfo socialista en 1981. En términos generales, su resultado ha sido positivo, tanto para Francia como para Europa, puesto que han reestablecido una coherencia política que había estado ausente durante siete de los últimos nueve años, cuando el sistema político francés vivía en un tenso estado de *cohabitación* política (1993-1995 y 1997-2002). Además, estas elecciones también confirman el cambio de orientación política de Europa hacia tendencias centro-derechistas, que probablemente se completará con el triunfo de Edmund Stoiber en los comicios alemanes a finales de septiembre. Esta homogeneidad política del centro-derecha sin precedentes, básicamente pro-europea, e incluso posiblemente atlantista, brinda interesantes oportunidades diplomáticas para España como uno de los colíderes de Europa en la Unión Europea (UE) y como uno de los socios más creíbles de Estados Unidos en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Las elecciones francesas hicieron aflorar el aburrimiento y la ira, pero también la impotencia y desesperación del electorado tras cinco años de un *pas de deux* pobremente coreografiado por un presidente supuestamente “gaullista” y un primer ministro teóricamente “socialista”. Durante la campaña presidencial, cerca de dos tercios de los votantes eran incapaces de encontrar alguna diferencia entre los programas de los dos candidatos principales. El 22 de abril, el tercio restante (36 por ciento) que votó a favor de uno ellos, hizo que la balanza prácticamente se equilibrara con respecto a otros doce contrincantes (incluyendo al infame Jean-Marie Le Pen) y un número sin precedentes de abstenciones o de papeletas en blanco. La última vez que se produjo una división de estas características fue en noviembre de 1946, cuando un referéndum sobre una nueva constitución dio origen a la desafortunada Cuarta República, con una división en tres direcciones de características muy similares.

Sin embargo, tras el 22 de abril, en primer lugar con la elección de Jacques Chirac para un segundo mandato presidencial, y después concediéndole una aplastante mayoría en el Parlamento, los franceses mostraron su desesperación cuando, *faute de mieux*, sometieron su conciencia nacional a votación. Independientemente de lo que pensarán de Chirac o supieran acerca de su programa, las opciones a las que se enfrentaban no se basaban en ideales. La única alternativa a Chirac era Le Pen, y a los franceses les repugnaban profundamente las ideas de este líder extremista sobre su país. Al cabo de unas pocas semanas, la única alternativa posible a la coalición política formada por Chirac –la Unión para una Mayoría Presidencial– era un caos institucional que los franceses sabían que no podían permitirse, en especial en el contexto de una izquierda totalmente desorganizada tras el súbito abandono de su humillado líder, Lionel Jospin.

En Francia, al igual que sucede en el resto de Europa, hay dos cuestiones que definen los actuales temores de la opinión pública: un aumento sin precedentes de la delincuencia, y el miedo a un declive económico. La enérgica agenda para el mantenimiento del orden público esbozada por el nuevo ministro del Interior, Nicolas Sarkozy, apenas oculta una profunda preocupación por los inmigrantes –legales e ilegales–, y su impacto en la sociedad francesa. Sarkozy, dispuesto a dejar de ser “el bueno de la película”, ha emprendido una batalla en la que no se distingue precisamente por su sutileza. La estrategia que emplea en casa recuerda a la del presidente Bush en el extranjero: concentración y reorganización de las fuerzas policiales, énfasis en prevenir la delincuencia en lugar de limitarse a castigarla, y cuando el castigo resulte necesario, establecer las condiciones imprescindibles para una justicia más rápida y severa para los criminales y delincuentes. Ésta es la tendencia del futuro. Incluso sin nuevos actos de terror exportados por agentes extranjeros, es probable que todos los países de la UE estrechen sus fronteras y actúen al unísono para controlar los flujos de inmigrantes ilegales no deseados. Las muestras de disconformidad francesa durante la reciente cumbre de la UE en Sevilla respondían más a un gesto postelectoral de cara a la galería que a una verdadera discrepancia con respecto a la política de la UE. Además, también hay que tener en cuenta la situación de la economía. En términos generales, el rendimiento de la economía francesa ha sido bueno durante los últimos cinco años, pero las reformas institucionales que el entonces primer ministro Alain Juppé quiso aplicar en 1995-1997 todavía no se han llevado a cabo. La reducción global del 5% del impuesto sobre la renta prometido por Chirac durante la campaña electoral, probablemente se ampliará e incluso aumentará en el 2003 e incluso más allá de esta fecha. Más adelante, en este mismo año, el gobierno de Jean-Pierre Raffarin introducirá reformas relativas a la descentralización, las pensiones y la flexibilidad laboral, pese a las limitaciones presupuestarias impuestas por la Comisión Europea en nombre de un Pacto de Estabilidad y Crecimiento de la UE, que tal vez deba replantearse. La lección que nos han enseñado Juppé y Jospin durante los últimos siete años es que las reformas no pueden aplazarse sin ir acompañadas de un elevado coste político. Salvo que estas reformas se implementen con vigor y rapidez, existe un alto riesgo de que se den más altercados que favorecerían a una extrema derecha en busca de un nuevo líder populista, mientras Le Pen se va hundiendo en el olvido político.

Un profundo sentimiento de inseguridad personal y, por ende, un temor a los inmigrantes; una sociedad preocupada por el desarrollo económico de su país; tentaciones extremistas en medio de fuerzas globalizadoras sobre las que el Estado ejerce un reducido control. El paralelismo entre las preocupaciones de Francia y las de la mayor parte de sus vecinos resulta demasiado evidente. Sin embargo, por ahora, ninguna de las cuestiones que conforman el estado de ánimo político de cualquiera de los países europeos puede abordarse –y mucho menos resolverse– sin la ayuda de

sus socios de la UE. Cuando la polvareda política que se ha levantado en Francia haya reposado e incluso cuando los comicios alemanes de septiembre marquen el fin de la temporada electoral europea, la necesidad de una acción complementaria recompensará a aquellos líderes de la UE que estén mejor capacitados para conducir a sus socios más allá de las cumbres que se celebrarán este año en Praga y Copenhague, y hasta la Conferencia Intergubernamental (CIG) del año 2004. Entonces, una vez que se haya celebrado la CIG-2004, el camino estará preparado para un acto final que tal vez se centre en el 50º aniversario del Tratado de Roma, en 2007, para poner en marcha otra CIG que completaría la transformación de las naciones-estados de Europa en Estados miembros de la UE. Pero para que esta cita a ciegas pueda acudir a su cita con la historia, los 15 países de la UE deberán hacer frente a arduas decisiones en torno a la ampliación (2002-2005), las reformas institucionales (2003-2006), la ampliación de la zona euro (2004-2007) y el desarrollo de una política exterior, de seguridad y defensa común.

Desde 1958, el consenso europeo para lograr organizar ese acto final ha sido frágil, fruto de una ambivalencia que se percibió de manera más significativa en Londres y París. En su lucha contra "Europa", el presidente De Gaulle y la primera ministra Thatcher eran las dos caras de la misma moneda, puesto que ambos deseaban proteger la soberanía de la nación contra un control institucional que no les parecía necesario ni deseable. Con la preparación del referéndum "euro-ic" –previsto para finales de 2003– por parte del primer ministro Tony Blair, desaparece finalmente el último obstáculo que se interponía en el camino de Gran Bretaña para convertirse en miembro de pleno derecho de la Unión. El Canal ya no representa ninguna separación: Gran Bretaña ha dejado de ser una potencia en (o con) Europa, para convertirse en una potencia europea; y, de un modo similar, Tony Blair es algo más que un líder europeo; se ha convertido en un líder para Europa.

Lo mismo puede decirse de Chirac, que ha iniciado su segundo mandato presidencial colocando a Europa en el centro de sus objetivos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Rechazado o ignorado por más de cuatro quintos del electorado el pasado 22 de abril, el presidente francés encarna a la nación, más que a su pueblo; pero gracias, justamente, a que representa a Francia en Europa y más allá de ella, podrá rescatar airoso su histórica salida de la presidencia en 2007. Esto fue lo que hizo su predecesor, François Mitterrand, después de 1983, cuando el rápido fracaso de su programa socialista le obligó a adoptar Europa como un objetivo alternativo, que se desplegó en torno a la necesidad de acomodar a Gran Bretaña (cuyo primer ministro se mostraba entonces ansioso por conseguir una rebaja presupuestaria por parte de Bruselas) y a España (que, lógicamente, se quedó frustrada ante el lento avance de sus negociaciones para convertirse en miembro de la entonces Comunidad Europea). El resultado se tradujo en una cumbre "francesa" en Fontainebleau, en la que el acuerdo con Gran Bretaña y el relativo a la ampliación creó el marco idóneo para el Acta Única Europea y los trascendentales desarrollos de la década de los noventa (incluyendo el mercado único y la moneda única). Cuando Mitterrand abandonó la presidencia, en 1995, había logrado asegurar su puesto como uno de los principales arquitectos de Europa, junto con su compañero Helmut Kohl.

Chirac, sin embargo, difícilmente podrá conseguir que Edmund Stoiber se muestre favorable a sus propuestas. No se trata de una cuestión de personalidades, sino de una realidad. Alemania ha cambiado durante los últimos diez años. El anterior temor de que una reunificación pudiera convertir a una Alemania más grande en un país demasiado fuerte para una Europa pequeña dio paso al temor de que dicha reunificación hubiera dejado a Alemania demasiado débil para una UE más grande. Además, hoy por hoy, ninguna relación franco-alemana, independientemente de lo estrecha que pueda ser, bastaría para completar la construcción europea. La Francia de la post-Guerra Fría no es lo bastante influyente para lo primero, y ahora la Alemania unificada es demasiado influyente para contentarse con lo último. En otras palabras, entre los dos y cinco próximos años, el ballet de Europa ya no estará coreografiado en torno a un *pas de deux* franco-alemán, en el que una ligera bailarina francesa se apoyaba en su robusto compañero alemán para hacer las *pirouettes* diplomáticas que ocasionalmente exasperaban a la audiencia americana.

Para complementar a Alemania o, de ser necesario, sustituirla, Chirac cuenta con el apoyo de su amigo Tony Blair, primer ministro de Gran Bretaña. Con Jospin fuera de escena, por fin podrá anunciarse públicamente la afinidad entre ambos. Sin embargo, Blair sabe perfectamente que ni un entente renovado con Francia ni un *ménage à trois* sin precedentes con Alemania resultaría eficaz; lo primero, debido a las patentes diferencias anglo-francesas acerca de Estados Unidos y la OTAN; y lo segundo debido a las divergentes expectativas anglo-alemanas acerca de la UE y Europa. Le toca el turno a Aznar. Gracias a su amistad con Blair y con el presidente George W. Bush, pero también debido a una tradición de estrechas relaciones bilaterales con Francia, el presidente del gobierno español podrá bailar en el año 2003 un *pas de quatre* que acercaría a Europa hacia su objetivo en un contexto transatlántico más próximo.

Y es que Aznar y Blair no son los únicos que pueden hacer negocios con Chirac. El presidente Bush también puede. Chirac ya ha anunciado su intención de aumentar los gastos en Defensa, que ahora representan un mero 1,8% del PIB francés. La "Europa" que Chirac aspira a conseguir no puede concebirse en oposición a Estados Unidos y la OTAN, por lo que lo más probable es que el presidente francés deba retomar el objetivo que dio a conocer hacia finales de 1995, y que todavía contemplaba cuando perdió las elecciones legislativas de mayo-junio de 1997: el regreso de Francia a la OTAN, aplazado durante largo tiempo, y, con un poco de suerte, el tan necesario final a la persistente y perjudicial disputa bilateral entre Washington y París. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Chirac, el brillante Dominique de Villepin (que trabajó como Jefe de Gabinete para Juppé y Chirac), ya ha cambiado radicalmente la agresiva retórica de su predecesor acerca de la "simplicidad" de la "hiperpotencia" al otro lado del Atlántico. Mientras tanto, dicha cohesión transatlántica se pondrá a prueba cuando el "cuarteto" encabezado por EEUU/UE negocie nuevas medidas viables en Oriente Medio, y cuando la Administración Bush prosiga con sus esfuerzos por lograr que la UE le apoye en sus próximas medidas en la guerra contra el terrorismo, incluyendo cualquier acción que resulte necesaria para garantizar un cambio de régimen en Irak.

Así, a la espera de que Edmund Stoiber sea elegido, y pese a la disponibilidad de Silvio Berlusconi, el nuevo alfabeto de Europa empieza por Aznar, Blair y Chirac, como también lo hace la unidad de la UE y la cohesión de la OTAN. Ni Aznar ni Chirac quedaron plenamente satisfechos con sus respectivas cumbres de la UE, en Niza, en diciembre de 2000, y más recientemente en Sevilla, en junio 2002. Sin embargo, durante los años que les quedan en el poder, tendrán que desempeñar un papel central y complementario en la historia de Europa y de su unión. El papel de Aznar será decisivo para que la próxima CIG-2004 sea un éxito; el papel de Chirac será crucial para que en el año

2007 pueda proseguirse con la concreción de Europa. Puesto que no está previsto que ninguno de ellos ocupe nuevamente la presidencia europea durante el resto de sus respectivos mandatos, deberán trabajar codo con codo para seguir adelante con su convicción compartida de que "éstos son nuestros países y Europa es nuestro futuro."

Simon Serfaty

Director del Programa Europeo en el Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington, DC., y Profesor de Política Exterior Estadounidense en la Universidad Old Dominion de Norfolk, Virginia.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

[Subir ▲](#)